



Proximamente

# **LEYENDAS PANAMEÑAS**

por

**Manuel M. Alba**

## MARIO AUGUSTO

Mario Augusto nace en Santiago de Veraguas, el 12 de Septiembre de 1919. Hace sus estudios primarios en la Escuela Dominio del Canadá, de aquella ciudad y ya en aquellos años escribe versos, poemas, en prosa, y cuentos los que lee en las veladas escolares.



Al terminar el aprendizaje primario, comienza a trabajar de inmediato en una oficina pública y, al mismo tiempo, sirve como agente y corresponsal de periódicos y revistas. Sólo tres años más tarde puede iniciar sus estudios secundarios en el Intituto Nacional, y entonces es Redactor de Preludios, en donde publica poemas y cuentos. Esta en cuarto año cuando su romance “¡No vayas por el poblado!...” gana el primer premio en un Concurso Literario abierto por la Rectoría del plantel. Durante esos años, publica sus escritos en el semanario “Gráfico” y en “La Estrella de Panamá”.

Se gradúa de maestro de enseñanza primaria en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena, en donde funda y preside la Sociedad Urraca y dirige la revista estudiantil del mismo nombre. Luego, trabaja como maestro y como Director Especial, durante cuatro años, en la Escuela de La Peña, corregimiento de Santiago. Luego, viene a la Capital y trabaja en la Segunda Secretaría de Educación. En 1944, su cuento “Nochebuena dulce” obtiene el primer premio en el Concurso de Cuentos de Navidad de “La Estrella de Panamá”, y un mes más tarde se ve obligado a separarse de su puesto, acusado de intervenir en los

## SEGURO SOCIAL

una economía auténtica y racional de los recursos y valores humanos.



# BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por ROGELIO SINAN

Oficinas: Avenida Ancón, 73

Apartado Postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, R. de P.

---

## CUADERNOS PUBLICADOS ULTIMAMENTE

- 13—Cuentos de Guatemala, Selección y nota preliminar por Alfonso Orantes.
- 14—Cuentos Criollos, por el Dr. José M. Núñez Q.
- 15—Un pequeño incidente y otros cuentos, por Renato Ozores.
- 16—Mandradora (selección de cuentos, por Nacho Valdés.
- 17—Vida y muerte del notable panameño don Marcelino Peña el Democrata Ejemplar, por José Isaac Fábrega.
- 18—Dos aventuras en el lejano oriente, por Rogelio Sinán.
- 19—Carabobo, por el Dr. Ricardo J. Alfaro.
-

**AROELECTRICA, S. A.**

SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

Avenida Cuba, No 10

Tel. 2156

Apartado 143

Panamá, R. P.

Avenida  
Justo Arosemena  
y Calle 12

Tel. 1088-L

Colón, R. P.

**BIBLIOTECA SELECTA**

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año II — Agosto de 1947 — Nº 20

Mario Augusto

**CAMPO ADENTRO**

(Cinco Cuentos Cortos)

•

Nota Preliminar  
por  
RODRIGO MIRQ

BIBLIOTECA SELECTA  
PANAMA  
1 9 4 7

movimientos patrióticos juveniles de aquella época.

En 1945, es profesor de Español en la Escuela Normal Juan Demóstenes Arosemena. Su cuento "La pollera de las flores moradas" obtiene el primer premio en el Concurso de Cuentos de Carnaval abierto por el diario "La Nación" y, pocas semanas después, su poema "Canto a la Reina de la Feria Nacional de David" se hace acreedor a la misma distinción en un Concurso del Ministerio de Agricultura y Comercio.

En 1946, gana un beca para hacer estudios en los Cursos Diurnos de la Universidad Nacional. Poco después, la Escuela de Arte Dramático de la Normal J. D. Arosemena, dirigida por el dramaturgo español don Enrique López Alarcón, estrena en aquel plantel su pieza teatral "Pasión Campesina", con notable éxito. En la actualidad, Mario Augusto continúa sus estudios universitarios y sirve como redactor y columnista en el periódico "La Hora".

No ha publicado ningún libro; pero tiene terminada una novela, dos tomos de cuentos y tres de poemas, entre ellos uno de versos para niños. Mario Augusto advierte que "algún día serán publicados"...

Dueño de una obra que le asegura destacado puesto en la historia de nuestra literatura, y que anuncia grandes cosas para el porvenir, Mario Augusto aparece como una de las más interesantes figuras de las letras panameñas de hoy.

Ganado para la literatura desde su temprana adolescencia, Mario Augusto comenzó a publicar poemas y cuentos en revistas estudiantiles y en los órganos de nuestra prensa periódica. Pero su nombradía nacional es reciente, producto de sus repetidos triunfos como poeta y cuentista en concursos literarios.

Enfrentados a la obra de Mario Augusto, resulta difícil insinuar preferencias, porque el poeta y el cuentista son necesarios a la expresión total de su temperamento y posibilidades de escritor. Prosa cálida y per-



sonal, verso atrevido y feliz, aunque de ritmo a veces áspero, Mario Augusto representa en la literatura panameña actual uno de los signos promisoros de la insurgencia espiritual de nuestro interior. Producto parcial de la Normal de Santiago, su obra de artista es ejemplarmente fiel a nuestra realidad semi-urbana y campesina, pero en términos que rebasan cualquier mezquino intento de filiación localista, no obstante su indiscutible lealtad para con la patria chica. Es que en Mario Augusto apunta lo que yo llamaría "nuestra literatura CHOLA", tomando el vocablo en un sentido profundo y esencial. Porque en su obra se aparta inteligentemente de ese pintoresquismo léxico que para algunos escritores nuestros parece ser la cuestión medular. La esencia panameña e interiorana de la obra de Mario Augusto está en el tono y la emoción, en ese reflejar, acaso inconscientemente, el drama y la angustia de un sector de nuestro pueblo que advierte de pronto frustrado su destino por obra y gracia de un Estado que ha ido desarticulando de modo lento y seguro la espina dorsal de la Nación. Y todo ello sin deslustrar la voz de su puro lirismo mestizo, donde la tendencia ensoñadora y la preocupación amorosa son modos consustanciales del ser. Son los poetas y escritores de este calibre —creo yo—, voceros de una realidad supra-personal, los que interesan en su sentido, hondo: ellos nos ayudan a precisar el perfil y los matices de nuestra geografía espiritual, lo cual no es flaco servicio.

R. M.

(Tomado de "Artes, Ciencias y Letras", suplemento de "EL PANAMA-AMERICA".)



*Dibujo de Conte Porras*



## UNA ESTROFA APASIONADA

*A Juan José Ballesteros con  
sincero aprecio.*

Grita el viento. Su furia sacude las hojas del negro bosque y su insolencia silba al penetrar por entre las ramas quejumbrosas. Rompe, desgarrar y golpea. Se asoma por entre las rendijas de los ranchos campesinos, temblorosos de miedo, y suelta agudas carcajadas de lujuria al contemplar los cuerpos semidesnudos de las muchachas dormidas.

En la orilla de la noche, grita el viento nocturno de los montes lejanos. Y en la orilla del rancho negro, tiembla la vacilante sombra de la muchacha.

La indecisión le agarra el borde de las faldas y detiene a Jacoba en el umbral de la puerta. ¿Saldrá?...

La espera Crucito allá en la "roza"... Si no va,

quiere, que le está haciendo caso a Sebastián, o que ha terminado por dejarse dominar por la voluntad de su padre.

—¡Y no es ná' de'so, nó!... —dice en voz baja, como para darle respuesta a sus pensamientos.— ¡Es que 'tá la noche tan negra!... ¡Qué obscurana, Dios mío!... ¡Y ese viento que llora y aúlla, igualito que un perro abandona'o!...

Se le estremecen las miradas cuando contempla la noche espesa, negra, sombría, temblorosa. Figuras fantasmales la recorren y la pueblan de miedos helados, cortantes. El viento alarga en ella sus aullidos lastimeros y las ramas, cuando pretenden huir asustadas, tropiezan con la fría oscuridad espesa y poderosa. ¡Poderíos extraños de la noche campesina que cuajan en gritos angustiadores!...

Jacoba vence al miedo que intentara doblegarle el ánimo. Adelante un pié en valiente disposición de salir. Casi hunde ya su ansiedad en las abiertas fauces de la noche tormentosa cuando, de repente, se desprende del cielo invisible la lluvia copiosa y violenta.

Goterones gruesos y duros, fríos y sonorosos. Irreflenable invasión de diminutos paracaidistas que taladran, furiosos, la espesura sombría.

¡El aguacero!... Se deja venir en las noches del campo y arrulla el sueño sabroso de los hombres cansados con su música monótona. ¡El aguacero campesino!... Cae, incontenible, sobre las hojas, sobre las ramas y sobre las empinadas techumbres pajizas de los ranchos, agobiados de miedo, de soledad, de desesperación.

ranza. El aguacero dulce y doloroso que estrella la rabia del cielo contra la impasible tranquilidad del suelo.

Las gotas se deshacen sobre la tierra e, inmediatamente, forman charquitas, arroyuelos, quebradas, ríos. El suelo siente que su piel se cubre de agua fangosa. La tierra no puede luchar contra el gotear poderoso y múltiple y se deja transformar rápidamente en un lodazal blando y frío.

Jacoba mira, entristecida, el caer de la lluvia. Tiembla su carne impaciente de frío y de temor, de inquietud y desesperación. Allá en la “roza” debe estar Crucito esperándola. Bien claro se lo dijo ayer:—

—Ya sabei:— mañana o nunca. Llueve, truene o relampagueé. ¡Aunque lluevan chuzos!... Allá te espero, debajo del algarrobo que ‘tá en la roza de tu tata. Ya sabei:— ¡mañana, o nunca!...

Y es cierto. Jacoba sabe que es cierto. Le miró largo rato los ojos a Crucito mientras él hablaba, y se dió cuenta de que ésta era una decisión invariable, una resolución definitiva. Había mucho amor, mucha pasión en los ojos de él; pero había, también, el propósito firme de no esperar más.

—¡Esta noche, o nunca!... —piensa.

Porque si ella no va esta noche, Crucito se irá solo para Los Castillos... ¡y ella no lo vería nunca más!

¡No verlo nunca más!... No puede resignarse a la idea de perderlo. ¡Lo quiere tanto!... Sabe bien que no podría vivir sin él. Que la vida se le haría dura y amarga. Que se le apagarían los cantos de los pájaros del monte. Que se le irían huyendo los perfumes de las flores. Y que ella se quedaría, muy solita y

muy pequeñita, perdida entre una maraña de gente sin relación y sin afecto. ¿Acaso no es cierto que ella ve, respira y siente a través de Crucito?... Si lo pierde a él, Señor, si lo pierde a él sería lo mismo que si le cortaran de una vez, y de raíz, todas las sensaciones...

—¡Tengo que ir!... ¡Aunque lluevan chuzos!... —determina angustiosamente su desesperación.

Y sale... Hunde los pies desnudos en el lodo frío y pegajoso. La abundosa negrura de sus largos cabellos se mezcla con la espesa oscuridad de la noche. Apenas el paso bajo el gotear de la lluvia inclemente, y empuja su esperanza amorosa dentro de la noche campesina.

Lluvia... Lluvia y viento. Dentro de ellos, el cuerpo menudo de Jacoba se pierde. El agua le cae sobre los cabellos y desciende cuerpo abajo para acariciarle la piel con sensual delectación. Y la humedad le ciñe el traje y dibuja en la oscuridad la silueta brillante de sus senos erguidos y de sus caderas anchas.

Apresuradamente, dentro de la lluvia, contra el viento, la muchacha avanza haciendo caminos para llegar hasta el algarrobo. Dentro de la noche, dentro de la lluvia y del viento, hacia el amor...

Pero no va sola... Silencioso, el viejo Nicolás, su "tata", le sigue los pasos. Brilla el fuego de dos tizoncillos malignos bajo el ala inclinada del viejo sombrero, y se alarga un reflejo vengativo en el machete mojado por la lluvia. Lisos y suaves, sus pies desnudos arrastran los pasos tras la sombra difusa del cuerpo de su hija.

—¡Mi Jacoba!... —murmura con, reconcentrado

despecho.— ¡Mi Jacoba enamoriscá con el hijo de la mujer que me dispreció!...

Se van diluyendo los ruidos y se van quedando quietos los rumores. El viento envuelve sus lamentos en la manta abrigadora de la quietud, temblorosa de frío. La lluvia aprieta el monótono golpear de su ejército de goteras. Y un brillo perverso, apenas opacado por la lluvia, se ve vagar por la soledad del monte, persiguiendo la ansiedad de un amor que sigue el camino de la esperanza.

Y allá, un poco más lejos, Crucito... El agua le empapa las ropas y chorrea piernas abajo. Los pies encutarrados se le hunden o resbalan en el lodo blando. Y al moverlos, su inquietud va dibujando mil figuras extrañas, las que inmediatamente desaparecen para dejar espacio a otras nuevas.

Le tiemblan los músculos del cuerpo debajo de las ropas empapadas. Pero no tiembla de frío: —las uñas largas de la impaciencia se le hunden en la carne y le inquietan el ánimo. La ansiedad desesperada le alarga los segundos, como siglos...

—¡Tiene que venir!... —se asegura en voz alta, como para hacerse la ilusión de que un ser extraño expresa tal afirmación.— Sabe que la 'toi esperando.. ¡Que esta noche, o nunca!...

Y los ojos del hombre perforan la oscuridad por mil sitios distintos y fabrican figuras de mujer para su esperar desesperado.

De pronto, un grito de alegría se le sale de la gar-

ganta y taladra, como una saeta, el silencio negro, roto de espanto:—

—¡Jacoba!...

Y otro grito:—

—¡Crucito!...

Corren el uno hacia el otro y se estrechan sus cuerpos jóvenes para materializar el deseo de encenderse las carnes que les nace del amor, que los vivifica y que los hace llamear.

—Creí que ya no ibas a venir... —murmura él.— Espera y espera... Hasta que ¡al fin!... ¡Mi Jacoba! ¡Jacobita!...

—Tenía miedo... ¡'Ta la noche tan negra!... Y el viento metiendo sus aullidos en el corazón... Y el agua mojándome hasta los mismos deseos de venir... ¡Pero aquí 'toi!... ¡Lista pa' lo que tú quera!...

Y hay una lumbre de amorosa determinación que brilla en el rostro mojado de la muchacha y que embriaga de placer los sentimientos de Crucito.

Locos de pasión, no ven un par de ojos que los espía, ni ven el filo de un machete que aguarda, celoso y despechado, el momento de morderles la carne.

—¡Pa' lo que yo quiera!... ¡Pa' lo que yo quiera!... —repite él una y otra vez, como si quisiera convencerse de la inmensidad de su dicha.— Entonces, nos iremos lejo, lejo... ¡¡A Los Castillos!... Allá te tengo un rancho blanquito pa' que vaya a llenarlo de perfume sabroso tu carne de canela... —y una pasión avasalladora vibra en las palabras húmedas del muchacho.

El viejo Nicolás contempla los cuerpos abrazados



y escucha, una a una, las palabras apasionadas. Le sube del corazón una rabia sorda y mala y sus dientes mordisquean un amargo pensamiento. Luego, se le aclara en los ojos el odio brillante de un mal recuerdo: el recuerdo de Teresa, la mamá de Crucito, la hembra que siempre lo despreció, la mujer que pasaba al lado de sus palabras enamoradas sin oírlas, la que nunca quiso su amor, la que, en fin, le amargó la vida con una pasión que aun perdura, convertida en odio.

Y mientras los amantes se acarician el corazón con sus proyectos amorosos, e infunden calor a sus cuerpos con caricias entendidas, el viejo aguarda el momento oportuno para herir y aumentar las llamas del fogón de su rabia con los viejos tizones del recuerdo.

Hace cruzar días lejanos por su cerebro... Cuando San Juan de Eloy llegaba al llano del campo montado en un brillante potrillo de fiestas, allá por el venticuatro de Junio. Lo ve llegar:— con la boca florecida de salomas, con las manos alegres de guitarras mejoraneras, con el arzón de la montura plateado de filosos machetes y arrastrando por el llanto, tembloroso de entusiasmos, la manta azul de su soberbia. Nicolás, joven entonces, recorría la verde llanura montado en la gracia colorida de su potrillo alazano. Pero nada valía para Teresa el paso seductor del admirable potrillo chiricano, como nada valían las inclinaciones homenajeadas en el tamborito y la cumbia y como nada valían, tampoco, las décimas de sus apasionadas improvisaciones.

¡Y ahora Jacoba! — ¡su Jacoba! — en los brazos de Crucito, el hijo de “aquella” mujer, oyendo pro-

mesas de amor, murmurando palabras de ternura y saboreando besos apasionados!...

¿Cuántas veces soñó él con tener así a Teresa?... ¿Cuántas veces le dijo su pasión en brillantes improvisaciones?... ¿Cómo decía aquella estrofa apasionada por la que creyó haber merecido una sonrisa. ¡la única sonrisa!...

Teresa, mi Teresita,  
déjame tu corazón,  
que en la carne de tu cuerpo  
salomará mi pasión...

Y al recordar la estrofa apasionada, siente que en sus ojos está ardiendo un brillo de sangre. Se acerca más a los amantes... y un impulso asesino levanta en el aire el brillo húmedo del machete:—

—¡Los mataré a los dos!... —piensa enneguecido por el odio, por los celos, por el despecho.— ¡Los mataré a los dos!... ¡A los dos!...

Pero, de pronto, el machete se inmoviliza y el brazo iracundo desciende flojo, sin vida... Es que Crucito ha murmurado, casi cantándola, una estrofa amorosa en el oído de Jacoba:—

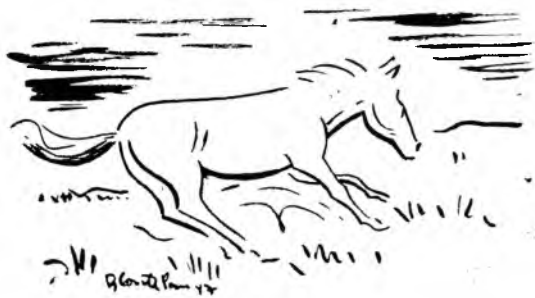
Jacoba, mi Jacobita,  
déjame tu corazón,  
que en la carne de tu cuerpo  
salomará mi pasión...

Con la boca abierta, pero vacía de sonidos, con los ojos enturbiados por el asombro, con el cuerpo casi desmadejado, Nicolás mira como su hija monta en las ancas del potrillo moreno de Crucito. Los mira alejarse, lentamente, bajo el gotear pertinaz de la lluvia

menuda. Los mira hundirse poco a poco en la espesa  
negrura del silencio nocturno. Y tiene que apoyarse  
en el tronco de un árbol para no caer, porque en el  
oído le siguen sonando los versos que él improvisara  
para Teresa:—

.....  
déjame tu corazón,  
que en la carne de tu cuerpo  
salomará mi pasión...

El viento esconde sus temblores friolentos entre las  
ramas mojadas. La noche llueve silencios sobre el  
monte solitario. Y el viejo Nicolás siente que por en-  
tre sus labios se destila el nombre de Teresa, dejándole  
un amargo sabor de vencimiento....





JUNTA

*Dibujo de Conte Porras*



## CHICHA FUERTE

*A Don Julio Ernesto Vargas, paisano y diputado, quien conoce los efectos de la chicha fuerte.—*

Noche... Todo es noche en torno nuestro. Noche sobre los ranchos entumecidos de sueño. Noche sobre el llano largo de silencios. Noche vieja y grande para nuestro amor joven... y corto.

La noche, cómplice placentera, nos oculta. El llano nos envuelve, igual que un lecho húmedo, todo rebotante de besos fríos. Por las orillas verdes de las hojas anochecidas, deslizan las luciérnagas su tembloroso reir. Luceros pequeñitos se desprenden del cielo negro para caer sobre los ojos de nuestros deseos.

Noche muy noche, para escondernos. Y llano bien largo para prolongar nuestro deseo.

Le muerdo los labios con dientes de sed y ella tiembla de miedo:

—¡No, Lupercio, no!...

Pero sus labios se adelgazan para entregarse más y más a las mordidas rojas de mi pasión.

Le hundo las manos, agudas de deseos, por entre el corpiño caliente. Mis dedos acarician un par de cocuyos morenos y perfumados, y ella tiembla de miedo:

—¡No, Lupercio, no!...

Pero su cuerpo sabroso se levanta sobre los codos y acerca su pecho más y más al calor de mi carne encendida.

El cielo sabe que estoy borracho, muy borracho, y ruge su rabia sobre mi cabeza de cabellos alborotados.

El viento percibe el olor a, chicha fuerte que me brota por todos los poros de la piel y me corta el oído con carcajadas menudas de mi cuerpo tendido sobre el llano húmedo.

Y Carmela tiembla de temor. Se deja morder los labios, temblando de temor. Me regala la seda morena de sus senos, temblando de temor. Y cuando el grito agridulce de su felicidad completa tasajea el espeso silencio, tiembla de temor...

\* \* \*

Tres meses largos hacía que mi amor arrastraba sus deseos tras la curva imantada de las caderas de Carmela. Y mi ansiedad, ya casi sin esperanza, se enfurecía, igual que los colmillos de un perro sin amo, que mirara cada día más lejano el hueso ambicionado.

La perseguía por entre el clamoroso salomar de las juntas y mis palabras le arañaban la espalda trigueña, envidiosas de las canciones redondas que el viento le forjaba arriba de las piernas desnudas.

La perseguía cuando se iba a la quebrada a llenar de espuma la ropa blanca y mis palabras le empapaban de amor la negra cabellera.

La perseguía, también, cuando su padre la dejaba ir a los bailes del llano y mis palabras se le metían por entre el corpiño y revolaban por entre las faldas de su pollera bailadora.

La perseguía... Siempre y a todas partes, la perseguía. Iba tras de ella por todos los caminos. Le dejaba caer las más sabrosas de mis palabras. Le hilvanaba cuidadosa y apasionadamente los más dulces sueños. Le pintaba los más lindos delirios de amor. Y ella siempre me contestaba que no y que nó...

Que su papá era muy capaz de matarla a palos. Que su mamá decía que yo era un vago y un borrachón, útil sólo para cantar décimas en las fiestas del campo. Y aún ella misma, Carmela, opinaba que lo único que yo quería era enamorarla, abusar de ella y luego dejarla abandonada por allí, como yegua sin riendas. Y siempre que nó, y que nó...

¿Hasta cuándo, Señor?... Hasta esta noche, cuando la chicha fuerte me puso azul el pensamiento y livianitas las alas del corazón. Me deslicé hasta el alero de su rancho y ahí afuera, en la orilla de la cerca, la encontré cortando jazmines blancos en la enredadera verde para su cabellos negros.

¿Cómo lo conseguí?... Dentro de los ojos de ella encendieron los míos un fogoncito de amor. Le enredé un montón de cariño dulces en el pelo suave y largo. Por entre los dibujos del corpiño caliente le fui ensartando mil palabras cariciosas. Le prendí hondamente

la carne de la cintura con los cinco dedos de mi mano izquierda. Y la arrastré por el llano húmedo, verde de besos.

—¡Tú 'tas borracho, Lupercio!... ¡Tú 'tas borracho!... —gemían sus labios trastornados por la mordida de mis dientes.

Pero se dejaba llevar por el llano sin caminos, sin huellas y sin orillas. Se dejaba llevar llano arriba, cielo arriba...

Los perros lanzaban sus aullidos afilados hacia más allá de los cerros invisibles. Los duendes del miedo pellizcaban la carne de mi cuerpo con sus uñas larguísimas. El silencio extendía su invasión de brujas en el aire tembloroso. Y el cielo, torvo y malo, se dejaba caer completamente sobre mis espaldas cuadradas.

Pero ella iba conmigo...

Temblaba de miedo, pero iba conmigo. Decía que nó y que nó, pero iba conmigo.

—¡Tú 'tas borracho, Lupercio!... —pero iba conmigo.

Iba conmigo, al lado de mi cuerpo. Iba conmigo, con un pedazo de mi locura hundido en las fibras de su corazón y con un brillo de deseos despertados iluminándole la piel...

\* \* \*

Y el llano sí que nos quiere. Sobre él nos derrumbamos, vencidos por la inmensidad de nuestro amor. Húmedo de besos verdes, el llano nos abraza y nos aprieta. Sobre su lomo verdeoscuro — jinetes irreflexivos de nuestra juventud — nos vamos hasta más allá de todos los deseos...



Sobre el lomo del llano cariñoso, rebotante de besos prolongados, nos vamos hasta más allá del amor, como llevados por el desbocado potrillo de nuestra inconciencia...

\* \* \*

Cuando despierto, el frío de la madrugada se me mete hasta los huesos y aún sigue entrando por cada uno de los poros de la piel. El cielo celeste está ascendiendo por las orillas brumosas de los cerros lejanos. El viento comienza a reír sus carreras locas por el llano sin caminos y sin fronteras. Las luciérnagas han huído a esconderse detrás de la noche.

Y Carmela no está...

—¡Carmelaaaa!...

La busqué con las manos. La busqué con los ojos, con las palabras y con los gritos. Pero no estaba:...

—¡Carmelaaaa!... ¡Carmelaaa!...

¿Se la habrían llevado los duendes del miedo con sus empujones asustadores?... ¿Se la llevaría, acaso, en sus alas el frío delgado de la madrugada?... ¿O yo habría estado soñando?...

Tal vez... Tal vez yo he estado soñando, aunque encontré, enredados entre mis dedos húmedos, los cabellos de su recuerdo... Contemplándolos con el tacto, me quedo amodorrado sobre el llano que ya comienza a calentar sus besos.

La chicha fuerte me duele muy adentro de los ojos. En la boca, en cambio, tengo prendido un sabroso sabor de ciruelas maduras. Sueño y sueño... Sueño con las caderas de Carmela corriendo por los llanos y sobre las quebradas, como las alas abiertas de una enor-

me mariposa negra. Sueño con la boca de Carmela,  
llena de ciruelas maduras y agridulces, igual que si  
fueran gritos agudos de amor encendido....





## LA BOMBA

*A Don Gil Blas Tejeira, cuentista, político y periodista.*

El mediodía caliente coloca verticalmente los rayos agudos del sol amarillo sobre las cabezas desgredadas de los campesinos. Sol duro, sol de reflejos afilados, encendiendo salados goterones de sudor sobre los rostros borrachos. Y el rumor dulzón de las palabras de Don Antonio metiendo su ruido cosquilloso por los oídos distraídos.

Juan Castillo no tarda en darse cuenta de que no puede captar bien las palabras del discurso. Sabe que suenan bonito las frases melosas del politiquero; pero los tragos ardorosos que le corren por las venas le em-

pujan la atención hacia el recuerdo de otros días. ¿Será por la similitud de la escena?... ¡Quién lo puede saber!... Pero lo recuerda todo muy bien y mira el pasado mejor que el presente...

\* \* \*

Don Antonio lo había prometido:

—Les pondré una bomba para que no beban más el agua corrompida de los pozos y para que no tengan que ir a buscarla por allá tan lejos en el verano. ¡Voten por mí, y les pondré la bomba!...

Hablaba encaramado en un taburete. Los campesinos, más entusiasmados por los tragos de “Seco Santiaguense” que les corrían por las tripas que por la bomba prometida, lo escuchaban con admiración.

—¡Piquito de oro tiene Don Antonio!...

El discurso continuaba repitiendo la misma promesa. Don Antonio sabía que, ablandado por los tragos, el cerebro rústico de los campesinos ignorantes estaba listo para sembrar en ellos la promesa que habría de fructificar en votos.

—¡Sí, amigos míos!... —y la voz del cacique seguía metiendo sus sonidos por las orejas.— Yo sé cómo sufren mis compadres de este campo por la falta de agua. Yo sé cómo se les mueren las gallinas y los puercos cuando se secan las quebradas. ¡Voten por mí y les pondré la bomba!...

El sol de Mayo, gritón y altivo, le hería la faz. Un vientecillo dulce descendía de las montañas celestes y silbaba tenuemente al partirse en las alas del sombrero blanco.

—¡Ese es un hombre, carajo!... —barbotó uno

de los campesinos.— ¡Viva Don Antonio!...

—¡Vivaaaaa!... —coreó con entusiasmo la borra-  
chera de los otros.

El aguardiente abundaba y encendía jumas entu-  
siasmadas en los corazones y en los cerebros. Don An-  
tonio sabía hacer bien las cosas. Cada semana iba al  
campo y junto con unos cuantos litros de aguardiente  
metía en las entrañas de los campesinos el recuerdo de  
la bomba que tanto necesitaban. Y así, poco a poco,  
fue forjando la mente de los hombres una convicción:  
si querían tener la bomba, tendrían que votar por Don  
Antonio...

El día de las elecciones, el político volvió a reno-  
var su promesa y dió cuidadosas instrucciones para el  
momento de la votación:

—¡Busquen la papeleta del gallo colorao!... ¡Re-  
cuerden que yo les pondré la bomba!...

Y la fila de campesinos crédulos, animados por el  
par de traguitos que les encendía la sangre, y esperan-  
zados por la promesa de la bomba, iban entrando len-  
tamente al recinto de votación.

Juan Castillo, al encontrarse dentro de esa casucha  
cerrada, sintió que un humillo de miedo le jugueteaba  
por debajo de la piel. Las cajillas, llenas de papeletas  
de diferentes colores, adornadas con extrañas figuras y  
llenas de letras pequeñas, le marcaban el entendimien-  
to. ¿O serían los dos traguitos “que se había echa’o  
al buche?”...

¿Cuál será la papeleta del gallo colorado?... Y,  
a lo mejor, Don Antonio no ponía la bomba, como lo  
había prometido... ¿Será ese que tiene las aletas a-

biertas y el pico afilado?... ¿No le dará Don Antonio otro traguito al sahr?... Ese de aquella cajilla tampoco es un gallo:— es la cabeza cornuda de un toro negro... ¿Cuál será la papeleta del gallo colorado?...

¿Pondrá Don Antonio la bomba?... ¿Y si después no la pone?... Muchos otros políticos, en la época en que fueron candidatos, le prometieron repetidas veces y jamás se volvieron a acordar... La prometió Don Paulo y no la hizo... La prometió “el fulo”, aquél que hizo el escuelón en el pueblo, y tampoco se acordó de ponerla. Todos habían prometido que pondrían la bomba y ninguno la había llegado a poner... ¿Cuál será la papeleta del gallo colorado?...

—¡Apúrese, amigo!... ¿Se va a quedar metido ahí todo el día?... ¡Apúrese, carajo!... —le grita desde afuera uno de los jurados.

—¡Ya voy, niño!... ¡Es que ‘toi buscando!...

¿Cuál será el gallo colorado?... ¿Y si Don Antonio no cumple lo prometido?... ¡Cojerá cualquier papeleta, pues!... ¿Y el sobre?... ¡Meter ese papelón tan grande en ese sobre tan chiquitito!... ¿A quién se le puede ocurrir?...

Al fin, trabajosamente, Juan Castillo había logrado acomodar la larga papeleta en el minúsculo sobre. Luego lo hundió por la estrecha abertura de la urna y salió del recinto electoral con un dedo chorreando tinta.

—Ya ‘ta, pues, Don Antonio... ¿Y no hay otro traguito...

Sí. Lo recuerda todo perfectamente bien. Más tarde, pasadas algunas semanas, supieron ellos en el campo que Don Antonio había salido electo diputado.

—¡Mil pesos mensuales!... —se dijeron.— ¡Seguramente que muy pronto nos hará poner la bomba que tantas veces nos prometió!...

Los días pasaron y pasaron las semanas. Y hasta los meses pasaron. Ellos aguardaban. Con calma y paciencia, primero. Con impaciencia, cada día más aguda, después. Porque Don Antonio parecía haber olvidado que sus queridos compadres sufrían mucho por la falta de agua.

Fue entonces cuando Juan Castillo decidió hablar del asunto con los otros amigos:

—Don Antonio como que se ha olvida'o de la bomba que nos prometió... Yo creo que ya es tiempo de ir al pueblo pa' recordárselo... ¡'Ta pasando el tiempo y ná' sabemos de él!...

Y los otros aprobaron:—

—Lo mesmito hicieron Don Paulo y el otro... Pasó el tiempo y ná'... ¡Tenemos que ir pa' recordárselo!

Y habían ido. Acompañaron a Juan Castillo, el viejo Martín Almanza y Juan Zamorano, los comisarios más viejos del campo.

Don Antonio afirmó que él sí se acordaba:

—¡Sí, hombre, como nó!... —había exclamado.— No me he olvidado de la bomba. ¡Cómo me iba a olvidar!... Pero lo que pasa es que estamos en guerra y no es posible conseguir bombas ahora. Tendrán que esperar un poco... ¡Tómense un trago y vuelvan por acá dentro de un par de semanas!...

Y volvieron. Una vez. Dos veces. Tres veces. Volvieron muchas veces más.

Pero la guerra como que no quería terminar nun-

ca... Y Don Antonio no podía conseguir la bomba que tanto interés tenía en ofrecer a sus queridísimos compadres del campo.

Al fin, cansados ya de tanto “tómense un traguito y vuelvan después”, se dirigieron al maestro de la Escuela del lugar. Le contaron todo lo acontecido y el maestro redactó un memorial. Lo firmaron todos los que sabían escribir su nombre y también los que no sabían. Luego, lo enviaron al señor Presidente de la República.

—¡Nos morimos de sed, señor Presidente!...—le decían los campesinos desesperados.

Poco después, Don Antonio apareció por el campo:

—¡Qué tal, compa Juan!... Reúname la gente, que ya les conseguí la bomba...

Y los campesinos escucharon alborozados la buena nueva:

—¿No se los decía yo?... ¡Don Antonio si es bellaco, carajo!... —exclamaban.

Algunos días después, una máquina de largo pescueso — “la gran garza negra”, la llamaban los muchachos — hacía su aparición en el campo y avanzaba lentamente hasta el centro del llano. La gente se asomaba curiosamente a las puertas de los ranchos para mirarla.

Comenzaron los trabajos. Por la mañana, al mediodía y por la tarde, un enjambre de chiquillos rodeaba al enorme aparato y expresaban su asombro con gritos de admiración, con animados comentarios o con respetuosos silencios. En tanto, las mujeres, caminos de los pozos ajenos, calculaban con regocijo el pequeño



número de estos viajes que aun les quedaba por hacer.

Los campesinos, ansiosos y esperanzados, prestaban su ayuda sirviendo como peones y dándoles comida y alojamiento gratuitos a los operadores de “la gran garza negra”.

Así, al cabo de unas cuantas semanas, la bomba soñada hacía resaltar su brillo de metal nuevo en el llano verde.

Mientras tanto, Don Antonio no había dejado de ir por allá. Demostraba siempre un enorme interés por el progreso de los trabajos. Sonreía a los compadres, hacía explicaciones a los chiquillos y recibía con aire de condescendencia satisfecha las gallinas y los huevos que las mujeres agradecidas le regalaban.

Después, cuando la bomba estuvo lista, arregló con los campesinos la manera de hacer una fiesta “para celebrar la inauguración oficial de la bomba”. El traería unas cajas de aguardiente y los campesinos pondrían una lechona y algunas gallinas.

Juan Castillo no acababa de comprender la necesidad de hacer semejante fiesta. Don Antonio no quería dejar que nadie sacara agua con la bomba antes de la “inauguración oficial”. Y las gentes, las mujeres, sobre todo, estaban deseosas de evitarse pronto los largos viajes que se veían obligadas a hacer hasta los pozos lejanos. Pero el político sostenía que eso de la inauguración era una cuestión imprescindible. Además, como dijo que él traería el aguardiente...

Y, al fin, había llegado el día. Desde temprano había comenzado a reunirse la gente. Don Antonio llegó en su carro con las cajas de seco y ron, para los

hombres, y de anís y vino, para las mujeres. La alegría comenzó a circular por traguitos y comenzaron a soltarse las lenguas.

—¡Al fin tenemos la bomba!...

Y, abierta por el alcohol la puerta de las palabras, todo el mundo se apresura a expresar en voz alta su complacencia:—

—¡Ahora sí:— ya no tenemos que ir a buscar el agua tan lejísimo!...

—¡Ahora si vamos a poder criar puercos y gallinas en el patio sin que los mate la morrina!...

A las diez se había dado comienzo a la ceremonia y Juan Castillo mira ahora a Don Antonio, encaramado en una alta mesa y rodeado por los campesinos que lo aplauden. El ruido de las palabras del discurso le hace cosquillas en los oídos y el rumor gritón de las frases sonoras, que se alarga en el aire caliente, lo trae de nuevo al presente:—

—¡Sí, queridos amigos míos!... Hoy es el día grandioso en que este pueblo ve realizada su más grande esperanza y yo cumplida mi solemne promesa. Durante años y años, mis compadres venían sufriendo trabajos, pérdidas de animales y hasta enfermedades peligrosas por la falta de una bomba que les diera agua buena y pura y que estuviera cercana, porque el agua aquí es escasa y está muy lejos!...

Las palabras salen y salen, rápidamente, para ir a poblar el aire liviano. A ratos, un “¡Viva Don Antonio!”... cae enredado en la telaraña del discurso.

—¡Y aquí está la bomba, señores!... Aquí está la bomba para que sepan que yo soy un hombre que

siempre cumplo lo que prometo!... ¡Aquí está la bomba, para que siempre voten por mí, que siempre me acuerdo de lo que mis compadres necesitan!...

—¡Viva!... ¡Viva Don Antonio!...

Luego, en medio de gritos y aplausos de borracho entusiasmo, Don Antonio baja de la improvisada tribuna. A él corresponde, porque él mismo se lo ha impuesto, el simbólico honor de sacar el primer chorro de agua con la bomba que, en el mediodía esplendoroso, resalta sobre el llano largo con su espléndida figura de metal reluciente.

Con gesto de Moisés, y con una sonrisa de triunfador prendida en los labios, el caciquillo sube y baja el brazo de la bomba.

Pero el agua está un poco lejos, escondida en los cauces del subsuelo, hundida en las entrañas de la tierra.

Otro bombazo y nada aún...Uno más...Y otro... Y otro... Pero nada, que el agua anda muy lejos...

El esfuerzo que realiza y el sol caliente del mediodía veranero, arranca chorros de sudor del cuerpo de Don Antonio. Y el agua que no sale.

Los gritos de la borrachera campesina han terminado y también se acabaron los aplausos. En el silencio caliente sólo se escucha el ruido impaciente del brazo de la bomba impasible que sube y baja, sube y baja inútilmente.

Y el agua que no quiere salir... Dale y dale... Dale que dale al brazo de la bomba... Y el agua no sale...

Un rumor de esperanzas defraudadas va saliendo de

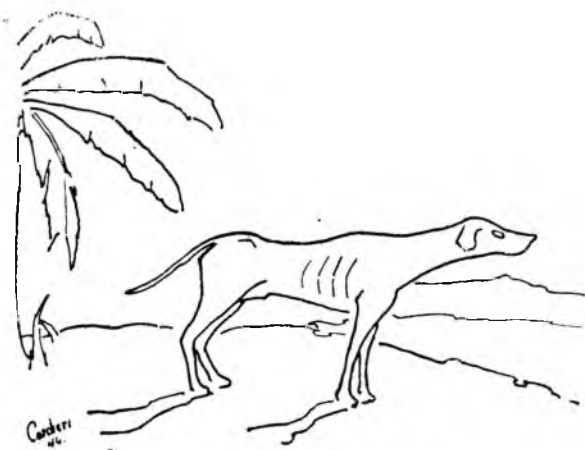
las bocas aguardientosas, y una rabia de sencillez engañada va encrespando su oleaje en los cerebros irreflexivos de los campesinos.

De pronto, sin un grito, el gentío se precipita sobre Don Antonio y éste, mientras un sudor frío y copioso le baña la piel, comprende que sólo la rapidez de su automóvil puede salvarle del desastre.

¿Cómo logra salir vivo del campo?... El mismo no lo supo nunca. Los gritos, los insultos y las pedradas le escoltan durante un largo rato. ¡Nunca había quedado “tanpior” el pobre caciquillo!...

Según me cuenta Juan Castillo, la bomba nunca ha llegado a proporcionar ni una gota de agua. Allí está todavía, en el centro del largo llano verde. Los campesinos las cuidan con esmero. Todos los años le dan una nueva mano de pintura roja. Es un monumento — ¡el mejor monumento! — a las promesas de los políticos....





## SEQUIA

*Para Nacho Valdés,  
con admiración y sim-  
patía.*

Cielo seco. Sol de rayos afilados. Aire caliente, Y, a lo lejos, la permanencia aguda del zigzagúeo de los cerros.

—¿Na' de agua?...

—Naitica... Ni esperanza...

El cielo estira su perezosa blancura "de canto a canto". Los reflejos del sol amarillean el aire y sus lengüetazos ardientes queman la paja seca que reposa sobre los ranchos agachados y acuchillan las hojas de los sembrados.

—Ya van tres semanas... Y ná'...

—Haberá que hacer otra rogativa, pues...

—Haberá que hacerla... Puede ser que sirva pa' algo... Aunque ya yo 'toi creyendo que Dios como que se ha olvida'o de que nosotros 'tamos viviendo por estas tierras, pues...

Tres semanas... Tres largas semanas... “El Veranito de San Juan” vino, como todos los años; pero parece que le gustó el campo y se quedó tamaño rato. Y ahora, nada que quiere irse...

Los arrozales tiemblan de emoción:— ya están crecidos y los conmueve el presentimiento de su madurez. En algunas “rozas”, ya los menudos granos comienzan a cuajar. Por eso ahora, más que nunca, necesitan agua, mucha agua. Pero sólo pueden beber sol. Sólo pueden lamer el filo caliente de los largos rayos solares. Y se les van estirando las hojas desesperadamente, con pretensión absurda de llegar a las fuentes escondidas en el subsuelo.

El cielo permanece inmóvil, perennizando su curva panza blanca y dura. Abajo se alargan las secas rajaduras del suelo chocolate.

—Ya vemos hechos dos rogativas... Y na'...

—El Señor Cura ha dicho que hay que tener paciencia...

Paciencia. Paciencia y fe, ha predicado, Domingo tras Domingo, el señor Cura. Pero el señor Cura está muy lejos y no ha podido venir a ver cómo los cauces de las quebradas van acercando a la superficie del agua, cada vez más, sus fondos de piedra gris. No puede darse cuenta de que los pozos se van secando con pas-

mosa rapidez. Por eso él sigue aconsejando paciencia, paciencia y fe.

—Ya vamos pa' al mes... Tuito se 'ta secando...

—Ujú... Y lo pior es que esto ya no revive... haberá que hacer una resiembra...

Las "rozas" son, ahora, sucios y amarillentos mares sin oleajes. Las hojas, lamidas constantemente por el sol ardoroso, se doblan, abrumadas de fatiga.

Los troncos de los yucos se van quedando desnudos. Levantan la inutilidad de brazos descarnados que son sus ramas, como pidiendo socorro. De los ñames tan sólo van quedando largos bejuços secos que arrastran por la tierra cuarteada sus terribles imploraciones. Los maizales se convierten en matojos secos:— ¡tristes seres sin brazos y sin cabellos!...

—Mes y medio... Y ná'...

—La quebrá 'ta casi seca... Dos o tres días más y se nos van a quedar sin una miajítica de agua los gana'os... La morrina los va acabar tuitos...

El aire pesa toneladas de fatiga sobre el lomo del pueblo cansado. Los ranchos agachan más y más sus silencios grises. El viento ciñe un cansancio de plomo en torno a los hombres, en torno a los animales y en torno a los desesperanzados despojos de los plantíos.

Las "rozas" son enormes cementerios de esperanzas. Los animales acuchillan las noches y los días con sus lamentos dolorosos. Los hombres respiran a bocanadas el ancho agotamiento del aire quieto y beben grandes sorbos de desesperación en cada minuto.

Por los potreros, "la muerte seca" va cuajando víctimas. Las vacas tienden los cuerpos huesudos sobre

la tierra pelada, casi polvorosa, muge dolorosamente su profunda impotencia y se van quedando quietas. Silenciosamente, doblan el cuello sobre la tierra seca, inmóvil de angustias, y sus mugidos de agonía son cada día más débiles y menos numerosos.

Los pocos pozos no dan agua suficiente para tanta sed. Apenas alcanza, estirándola, para los hombres. A la orilla de los huecos abiertos en la tierra hay constantemente una larga fila de mujeres pacientes. Mujeres de rostros angulosos. Rostros de labios apretados en furioso silencio. Rostros de pupilas ausentes, lejanas, perdidas en la raíz invisible de una esperanza. Calladas, las campesinas aguardan turno para llenar las tinajas.

El pozo —viejo, avaro, cruel— hunde allá en el fondo lejano el turbio espejo de sus aguas escasas. Lentamente, con una lentitud que fatiga y desespera, se van llenando los cántaros...

\* \* \*

—Na' de agua... Ni una nube...

—Se van a morir tuitas... Me dá lástima verlas ahí tiradas... Y me duele muy hondo oirlas como bra-mean...

Bernardo y Carmela reposan su fatiga recostados a uno de los horcones del portal. Levantan las miradas de sus ojos, anchos de desesperanza, y recorren con ellas el cielo alto:— un cielo limpio, imperturbable... Cielo de una brillante claridad que ciega los ojos... Cielo duro...

—Ni una nube, Carmela...



—Naitica, Besnardo... Habrá que matarlas...  
Habrà que matarlas...

Las cuatro vacas se habían encontrado frente a la completa imposibilidad de conseguir hierba y agua y se han venido acercando, lentamente, hasta el rancho.

Por debajo del cielo sin nubes, los negros gallinazos trasan las elegantes curvas de sus vuelos fúnebres. Las reses sintieron que el pavoroso peligro de “la muerte seca” las venía acosando. Como una jauría, la muerte casi hunde ya los colmillos afilados en los flancos huesudos. Ese peligro, que los cuatro animales adivinan despiadadamente cercano, las ha venido empujando hacia la casa de sus amos. Allí se quedn, echadas junto a la tranquera del corral, y lanzan al aire, de rato en rato, sus largos mugidos dolorosos:

—Ujú... A mí también me duele...

—No puede ‘tarlas mirando ahí, tiradas en el suelo, como pidiendo una limosnita de agua... Habrá que matarlas, Besnardo...

—Sí, Carmela... Habrá que matarlas.... Pero ellas se han venío hasta acá, onde uno, huyéndole al hambre, huyéndole a la sed, huyéndole a la muerte... ¿Y, entonces, nosotros vamos a tener que matarlas?..

—¿Y qué vamos a hacer, pues?... Tu sabeí que esa es la suerte de los pobres... Y ya yo no aguanto a verlas más ahí tiradas, esperando que venga la muerte pa’ llevárselas... To’a la noche se la pasaron mugiendo y mugiendo... Y yo no pude pegar los ojos ni un ratito...

Bernardo mira el cielo, con una remota esperanza prendida en la orilla de las pupilas:—

—Si viniera una poquita de agua... Una lloviznita... Na' más que pa' se les moje el cuero...

Pero la mujer es sorda a la ilusión imposible:—

—Ni esperanza, hombre... —le dice moviendo la cabeza... Mirá... Mirá pa' al cielo... ¿No lo ves tuito estirao y limpiacito 'e nubes?...

—Ujú... Ni esperanza... Habrá que matarlas, pues... Asina serán menos pior, porque no tendrán que estar sufriendo más... ¡Tan más amorrinás las pobres!...

Entra al rancho a buscar el cuchillo; pero entra lentamente, como quien no quiere hacerlo. La verdad es que no quisiera encontrarlo, que no quisiera saber en dónde está.

Piensa que no va a poder matarlas. ¿Cómo va a poder hacerlo?... ¿De dónde va a sacar valor para hundir la hoja brillante en las gargantas de las cuatro vacas?... ¿De "sus" cuatro vacas?...

No. No quisiera encontrarlo. Quisiera que se le cerraran los ojos, que se le apretaran muy duro, para no verlo. Quisiera que las manos se le pusieran más gruesas, más torpes, más morenas, como si no fueran las manos suyas, para que no le obedecieran. Quisiera que los pies se le pusieran pesados, muy pesados, como si arrastrara grillos, como si fueran los pies de otra persona. Quisiera...

—¿Qué te pasa, pues?... Ya encontraste el cuchillo, Besnardo?... —le grita desde afuera la mujer impaciente.

—No lo hallo, Carmela... No lo hallo todavía... —murmura apresuradamente, sintiéndose asustado co-

mo un chiquillo sorprendido en falta—. No 'ta por ningún la'ó...

—Pero si ahí 'ta, hombre...

Ahí está:— delante de sus ojos, turbios de indecisión. La mujer tiene que cogerlo y ponérselo en las manos, duras de torpeza.

El frío agudo de la hoja brillante le quema la piel sin vellos de la mano abierta. Los pequeños ojos le duelen de angustia. Una polvorosa sequedad le prende un fogón de leña verde en la garganta. Y los golpes apresurados del corazón le duelen dentro del pecho.

¡Habrà que matarlas!...

Son "sus" vacas. "Sus" cuatro vacas. Las mismas que compró con las ganancias, celosamente economizadas, que había obtenido después de más de diez años de trabajo. Años de trabajo bajo el agua persistente y bajo el sol implacable. Soles terribles, como este de ahora. El sudor le empapaba las ropas; pero él pensaba en "los ocho realitos" que se estaba ganando y seguía moviendo el machete. ¡Corta!... ¡Corta!...Y por la noche los realitos caían, uno a uno, en el "coco" guardado arriba del "jorón".

Son "sus" cuatro vacas. Las cuatro vacas que estaban destinadas a ser la herencia de los dos hijos. Las cuatro vaquitas que fue comprando, una a una. Cuando las veía, pensaba en ellos:— en los dos hijos...

Y ahora, habrá que matarlas...

Si las dejara vivas, la sed y el hambre irían consumiéndolas lentamente, horriblemente. .Y ya no aguanta verlas sufrir más, porque les tiene cariño, como le tiene cariño al rancho y a la "roza". No aguanta

verlas como muerden el suelo pelado. No aguanta oír los mugidos tristes con que los cuatro animales parecen sollozar.

Con el cuchillo será muchísimo mejor para las pobres reses, porque será todo mucho más rápido. Así, no habrá el tormento largo de la sed y del hambre. Serán, tan solo, cuatro prolongados mugidos dolorosos. Y ya:— no sufrirán más.

¡Matarlas!...

Ahí están, al alcance de sus manos. Ahí están, delante de sus ojos, con las ocho pupilas, anchas y limpias, claritas como el agua, miándolo con una tranquila mansedumbre. Las pobres bestias, agotadas por la sed y por el hambre, ni siquiera intentan levantarse. Le clavan en el rostro las hondas miradas tranquilas y se quedan quietas... Quietas, como el cielo... Quietas, como el viento... Quietas, como la fatiga de la sequía...

¡Matarlas!...

Por la hoja brillante del cuchillo corren las risas de mil luces asesinas. La mano aprieta los dedos, dolorosamente, sobre la cacha de madera, y su sudor pegajoso y frío le corre por la piel de la espalda.

¡Matarlas!...

Hundir en las gargantas la hoja ancha y afilada y oír el temblor de los últimos cuatro bramidos dolorosos.

¡Matarlas!...

—¡Ahí va!...

Ha cerrado fuertemente los ojos. El cuchillo entra, hasta la cacha, en la suave carnosidad de la garganta. Un mugido sordo sale por la boca ancha de la vaca y un estertor espumoso se envuelve en la sangre que

brota de la herida y se le mete al hombre por los ojos, por la nariz, por los oídos:— ¡por todos los poros de la piel penetra la espuma roja del estertor!... Y un lengüetazo de sangre caliente le lame y le tiñe de aliento rojizo el brazo y el pecho...

Con los ojos fuertemente cerrados y con los dedos morenos apretados sobre la cacha del cuchillo... Una furia criminal le muerde en las raíces de los músculos de los brazos y le grita en cada dedo de las manos, y una locura homicida le corre por dentro de la cabeza, caliente de sol y colorada de sangre.

Tres mugidos, livianitos como quejas, se levantan en el silencio y se extienden en el aire seco, enrojeciéndolo.

Ahí están... Ya están muertas...

—¡Carmelaaa!... ¡Las maté!... ¡Ya están muertas, muertecitas, Carmelaaa!...

El llano se ha puesto rojo. El cuchillo se ríe con rojas carcajadas. En los ojos del hombre se agrandan rojas angustias. La camisa transparente rojas humedades. Las venas de sus brazos dibujan rojos cauces a través de la piel. Y en el cielo, el rojo más colorado se pasea orgullosamente por entre las nubes blancas...

—¡Mardita, sea!...

Levanta en el brazo rojo el rojo cuchillo y la insensata imprecación se eleva majestuosamente en el aire, quieta de asombro, y abofetea la bóveda celeste con ruido de seca protesta...

—¡MARDITA SEA!...

Y nuevamente el salvazo de la blasfemia hiere el azul cielo.

De pronto, como si el cielo se sintiese ofendido, un trueno retumba tras de los cerros grises... Otro trueno... Y otro...

El cielo se llena de truenos horrísonos. Las nubes aparecen a lo lejos. Luego, se acercan rápidamente, en furiosa carrera. Son negras, como fantasmas... Espesas... Sombrías...

Y sobre el rojo brazo del hombre, que alza hacia el cielo el cuchillo sangriento en audaz maldición, se desata el aguacero, como la respuesta de Dios...





## HUELGA

*A mis compañeros, jóvenes y estudiantes de esta generación, próceres anónimos de una cruzada por la consecución de una verdadera independencia para nuestra Patria.—*

Mientras los agentes de policía tratan de dispersar a los últimos manifestantes, Eduardo se desliza, rumbo a su hogar, por las calles más solitarias. No quiere que lo vean porque piensa que si alguien nota que está herido, seguramente querrá hacerlo ir al hospital y él quiere que su madre se entere de lo sucedido por boca de él mismo. En verdad, está convencido de que los periódicos y las vecinas siempre aumentan las cosas y no faltaría una vieja chismosa capaz de decir, no sólo que lo han herido, sino hasta que lo han muerto.

Sin embargo, siente un poco de temor cuando pien-

sa en el momento de su llegada al hogar. El temor que no sintió cuando vió venir hacia él los caballos desbocados y los sables desenvainados, le acomete cuando piensa en la hora de enfrentarse a su mamá. ¿Cómo lo irá a recibir?... ¡Bien que conoce él a su mamá!.. La sabe severa, rígida, exigiendo de su único hijo orden, disciplina y absoluta consagración al estudio.

—Bien sabes que somos muy pobres —solía decirle.— Bien sabes que me cuesta mucho trabajo sostener tus estudios. Por eso te pido que aproveches el tiempo y cuides muy bien tus cosas.

Y, cuando decía eso, le miraba los ojos, los libros y las ropas. Ya sabe él cómo su madre cuida cada pantalón y cada camisa, procurando alargarles la vida el mayor tiempo posible. ¡Está la ropa tan cara en esta época!...

Y ahora, él regresa tarde a la casa, con la ropa hecha jirones: rotos los pantalones, la camisa despedazada, sin corbata, con los cabellos desgredados... ¡y en el hombro esa horrible cortada que le pone el brazo frío y flojo!...

La noche amiga lo esconde mientras se desliza por la orilla de las casas. Así, puede uno pensar y hacer ideas mientras camina, aunque arda la herida del hombro.

—¡Ese maldito policía!... ¡Todos son iguales!.. El uniforme les uniforma el alma: el corazón no es otra cosa que una placa de metal con un número y la sangre debe tener el mismo color verde-amarillo de los pantalones. Además, todos parecen llevar la gorra en lugar de cerebro.



Brutos, ignorantes y groseros: son sus cualidades características. ¿Creerán, acaso, que van a acabar con la huelga a golpes de sable?... ¿Se imaginarán que el ideal es algo que puede ser pisoteado por los caballos?...

¡Cuando ellos, los estudiantes, sean hombres, veremos si podrán hacerles lo mismo!... Los jóvenes de hoy serán los hombres de mañana. Y a esos futuros hombres no podrán engañarlos los políticos, ni podrán pisotearlos los policías...

Aunque, si se miran bien las cosas, los pobres policías no vienen a resultar tan culpables. En el fondo, la culpa es únicamente de los políticos, de los gobernantes y, sobre todo, de los oficiales de sonoros títulos, de “los alferecillos con casacas de Tenientes-Coroneles”, como dijera uno de los oradores de esta noche. Son ellos, los oficiales, quienes no vacilan en hacer la fuerza de sus armas contra los ideales de los estudiantes.

—¡Estúpidos!... —casi grita.— ¡Los jóvenes de hoy seremos los hombres del mañana!...

Dentro de algunos años, esos señores políticos y policías van a saber quiénes son ellos. Porque estos estudiantes de hoy, cambiarán la situación del país, le abrirán los ojos al pueblo y acabarán con toda esa camarilla de políticos inescrupulosos. ¡La República trabajando con un régimen de verdadera democracia!...

—¡Ajoooo!... ¡Duele duro la cortada!...

El dolor le encoge el cuerpo y casi le detiene los pasos. Con la mano izquierda aprieta la herida del hombro derecho, como si pretendiera silenciar el do-

lor. Es verdad que apenas si sangra ya; pero duele: duele y arde...

¿Qué va a decir la mamá?... ¡Ella, tan orgullosa de su hijo y de sus magníficas notas! . . . ¡Ella tan satisfecha y sonriente cuando los profesores elogiaban “su conducta y aprovechamiento!”...

—Recuerda, Eduardito: tu papá era Soldado de la Independencia, y de los verdaderos... Siempre fue conocido como un hombre trabajador, honrado y patriota. Y tu deber es seguir su ejemplo y ser como él fue... —le había dicho más de una vez.

Sí. El también quería ser como había sido su papá. Pero, ¿se puede ser patriota con gobiernos que le echan la policía a los estudiantes cuando éstos piden profesores competentes?... Se puede ser patriota en un país gobernado por una garulilla de sirvergüenzas?...

¿Y qué es ser patriota?... ¿“Patriotismo” y “servilismo” son, acaso, sinónimos?...

La herida sigue doliendo. Siente el dolor en el hombro y a lo largo de todo el brazo. Pero se anima pensando en que ya su hogar está muy cerca.

¿Qué va a decir la mamá?... El pantalón menos viejo, roto por todas partes; la camisa blanca, la que ella le regaló en su último cumpleaños, destrozada y manchada de sangre; la corbata de los domingos, desaparecida...

¿Cómo explicarle a la mamá que era su deber?... Los viejos no comprenden a los jóvenes: creen que esta época es igual a las épocas pasadas. ¿Cómo hacer-

les comprender que ellos lo que quieren es aprender más y mejor?...

Sube trabajosamente las escaleras. La herida duele más adentro ahora; pero ya no sangra...

Empuja la puerta y al entrar...

—¿Qué te ha pasado?... —exclama la madre con la angustia desorbitándole los ojos.— ¿Qué te ha pasado, Eduardito?...

¿Cómo explicarle. Dios mío?... ¿Cómo hacer para que ella. ¡tan buena!, comprenda?...

—Fué un policía, mamá... Me dió con el sable... Queríamos hacer una reunión en Santa Ana... —y los ojos del estudiante, diciendo más que las palabras, tratan de explicarle a la madre toda la trágica realidad de su vida colegial.

La madre, con la angustia apretada entre las manos, mira el pantalón roto, la camisa manchada de sangre y desgarrada, el sitio de la corbata ausente y la roja cortada sobre el hombro derecho... ¡Sangre!... ¡Sangre de su hijo!... ¡Sangre de ella!...

—¿Y tú qué hiciste?... —alcanza a murmurar apenas, con la voz enronquecida por el temor.

Y el muchacho, que al recordar el incidente vuelve a revivirlo, contesta con juvenil sinceridad:

—¿Qué iba a hacer, mamá?... ¡No tenía ni una piedra!... Sólo pude gritar: “¡Abajo los asesinos de estudiantes!...”

Y ante el asombro del hijo, que aguarda un severo reproche, ella lo abraza con pasión y exclama con los ojos brillantes de alegría:

—¡Así me gusta, Eduardito!... ¡Tampoco los colombianos pudieron acallar el patriotismo de tu padre con sus fusiles!...

Afuera, la noche anda con pasos de seda por las calles desnudas. Y dentro del humilde hogar, madre e hijo acaban de descubrirse unidos para siempre por la sombra del Soldado de la Independencia...



LEA

# PLENILUNIO

NOVELA PANAMEÑA DE

Rogelio Sinán

QUE OBTUVO EL

PRIMER PREMIO

EN EL

CONCURSO RICARDO MIRO



Envíe su vale postal de B/. 1,50 si quiere recibirla

por correo o adquiérala en los

siguientes establecimientos:

FARMACIA SELECTA

LIBRERIA PRECIADO

## BIBLIOTECA SELECTA

### CUADERNOS PUBLICADOS EN EL AÑO 1946

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruíz Vernacci. y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PINUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajar Escala.

SI QUIERE UD. OBTENER  
LA COLECCION COMPLETA

DE LA

## **BIBLIOTECA SELECTA**

SOLICITELA ESCRBIENDO  
AL APARTADO 3181

la subscripción a 24 cuadernos le  
cuesta únicamente B/. 3.00

En Preparación

C U E N T O S  
DEL  
**E C U A D O R**

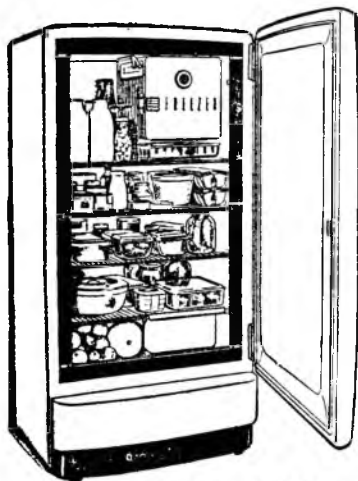
SELECCION  
y  
NOTA PRELIMINAR  
por  
ALEJANDRO CARRION



En preparación

LOS MEJORES CUENTOS  
**CHILENOS**

SELECCION  
Y  
NOTA PRELIMINAR  
por  
NICOMEDES GUZMAN



Hágase de una  
Refrigeradora  
**GENERAL  
ELECTRIC**  
en la forma mas  
fácil para Ud....  
Por el sistema  
de Club

Hemos entrega-  
do mas de 500  
en los últimos  
6 meses.

**CLIMA IDEAL, S. A.**

## **RADIO MIRAMAR**

- Buenos programas
- Música selecta



**SINTONICELA**

**630 kilociclos**  
**750 kilociclos**

**Onda Corta**  
**Onda Larga**

# **Banco de Urbanización y Rehabilitación**

FUNDADO EN 1944

- Préstamos hipotecarios para  
construir la vivienda propia.
- Casas de arrendamiento.
- Urbanizaciones.
- Rehabilitaciones.
- Censo de la vivienda.

GERENTE:

Licenciado **EDUARDO VALLARINO**

Apartado 3394 (Calidonia) • Ciudad de Panamá

Teléfonos: Panamá 3453

Colón 213

GUAYABERAS

*Agetro*  
EL BUEN VECINO S.A.

LAS MEJORES  
DAN ELEGANCIA  
SON PANAMEÑAS

**L E A**

**"Mundo Gráfico"**

**TODOS LOS SABADOS**

**Catorce años al servicio de la  
comunidad forman su mejor crédito.**

**MUNDO GRAFICO, S. A.**

**Apartado 912**

•

**Panamá, R. de P.**

**SUSCRIBASE**

**a la**

**Biblioteca**

**SELECTA**

**PRECIO B/1.50**

**AL AÑO**

**envíe su vale postal**

**MUEBLERIA**

**TUÑON**

**Ave. Central y Calle 13  
(Edificio San Roque)**

**Muebles Cómodos y  
elegantes a precios  
especiales.**

**COMPRE SUS**

**MUEBLES**

**CON TIEMPO**

**Aproveche nuestros  
precios especiales.**

# FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES



Teléfono 66

Calle "I" No. 4

LECHE MARCA  
"AMEGLIO"  
HELADOS  
"SUAVEL"  
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.  
Calle Juan B. Sosa No. 5  
. Tel. 2066  
PANAMA, R. P.

*Angelini*  
Teléfonos 887—1687      Avenida Central 179  
COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

***CIA. INTERNACIONAL DE VENTAS, S.A.***  
**PANAMA COLON**

Calle 26 Este No 10  
Teléfonos 685 y 1084  
Apartado 1130

Edificio Panamericano  
Calle 6 y Ave. Bolívar  
Teléfono 411

**Representantes exclusivos de:**

- **The Borden Co.,**  
KLIM — HEMO — DRYCO — BIOLAC  
DRIMIX — CAFE INSTANTANEO
- **Brown & Haley,**  
ALMOND ROCA — CHOCOLATES PERFECT
- **Campbell Sales Co.,**  
SOPAS CAMPBELL'S ALIMENTOS PARA  
NIÑOS
- **Diversey Corporation**  
DIVERSOL — DIVERSEY D-LUXE
- **Dixie Cup. Company**  
Copas y Vasos de Papel DIXIE
- **Elgin National Watch Co.**  
RELOJES ELGIN
- **General Cigar Co.**  
Cigarros WHITE OWL, ROBT. BURNS  
VAN DYCK
- **Hershey Chocolate Corp.**  
Cacao y Chocolates — HERSHEY.
- **Hobart Manufacturing Co.**  
Máquinas para preparar alimentos HOBART
- **Lummis & Company**  
Maní Salado en latas — Turrón de Mamí
- **Parker Pen Co.**  
Plumas PARKER 51 — Tinta QUINK
- **W. Schrafft & Sons Corp.**  
Bombones SCHRAFFT'S
- **Willson Manufacturing Co.**  
Anteojos para el Sol — WILLSON.





## Carreras de Caballos

GANADOR • ONE TWO

QUINIELAS • DUPLETAS

Gane dinero y goce de un  
Soberbio Espectáculo

todos los

SABADOS Y DOMINGOS

en el

**Hipódromo de Juan Franco**

## **¡CUARENTA MIL BALBOAS EN PREMIOS!**

En cada botella de Spur Cola un placer inigualable... y en los platillos de todos los productos de Canada Dry la oportunidad de ganarse uno de los valiosos premios del

**GRAN REGALO SPUR COLA.**

Son cuarenta mil balboas en premios.

Algo nunca visto en Panamá. Guarde usted los platillos de Spur Cola y de todos los productos Canada Dry. Son los platillos de la suerte. Cada semana una refrigeradora Westinghouse, un radio General Electric y tres bicicletas de primera calidad... y cada seis meses, un precioso automóvil Buick o Frazer.

Tome SPUR COLA...

y guarde los platillos.

CAMBIELOS POR TIQUETES EN LA

### **CERVECERIA NACIONAL**

O SUS AGENCIAS DEL INTERIOR.

# LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad  
de la República se sostienen con el producto de  
LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS  
LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO  
ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES".

## No Compre Chance Clandestino

Protejase Ud. mismo y ayude a los necesitados  
comprando únicamente billetes de la LOTERIA  
NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS

EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

# BIBLIOTECA SELECTA

## CUADERNOS PUBLICADOS EN EL AÑO 1946

- 1—VOCACION FILOSOFICA DEL Dr. JUSTO AROSEMENA, por J. D. Moscote.
- 2—PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO, por Octavio Méndez Pereira.
- 3—INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO, por Enrique Ruíz Vernacci. y cuentos de Salomón Ponce Aguilera, Darío Herrera y Ricardo Miró
- 4—"TODO UN CONFLICTO DE SANGRE". "A la Orilla de las Estatuas maduras", dos cuentos de Rogelio Sinán.
- 5—SIETE CUENTOS MEXICANOS, Selección y Nota Preliminar por Manuel Maples Arce.
- 6—EL CIEGO DEL BULABA Novela corta inédita por Alfredo Cantón.
- 7—LA CERCA DE PIÑUELAS, Novela corta inédita por Julio B. Sosa.
- 8—PANAMA ES UNA TACITA DE ORO, novela corta inédita por Fito Aguilera.
- 9—TRES CUENTOS, por José María Sánchez B.
- 10—LEYENDA E HISTORIA, por Ernesto J. Castillero R.
- 11—VIERNES SANTO BAUTISTA Y OTROS CUENTOS, por Juan O. Díaz Lewis.
- 12—CUENTOS DE NAVIDAD, por José A. Cajal Escala.